

ser esclavizados o reducidos a servidumbre, cuando no masacrados? Escribe el mismo Colón: "No puedo creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar [...] Son gente de amor y sin codicia [...] aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen una habla la más dulce del mundo y mansa". Se decía que el cacique Caonabó había atacado el fuerte Navidad, donde habían quedado unos 39 españoles del primer viaje. Colón ordenó buscarlo y detenerlo. Antes había estado repartiendo camisas entre los indios. Se comprende la razón de su generosidad: "que Cahonaboa vaya hablar con vos [Ojeda], porque más segura se haga su prisión; e porque él anda desnudo e sería malo de detenerle, e si una vez se soltase e se fuyese, no se podría así haber a las manos por la disposición de la tierra, estando en vistas con él, hacedle dar una camisa y vestírsela luego, y un capus, y ceñidle un cinto, y ponedle una toca por donde le podeis tener e no se vos suelte". Ojeda le había cortado a un indio la oreja (siguiendo instrucciones del genovés) por haberse quedado con unas ropas de cristiano, y puso luego en prisiones a un cacique y a dos indios principales que habían venido a quejarse a él por el castigo del primero; envía luego los prisioneros al virrey Colón, el cual los hizo decapitar a los tres en el centro de la plaza. Colón impone a los indios un tributo de oro: una campanilla de Flandes llena de oro cada tres meses por cada indio varón mayor de catorce años habitante de un distrito de minas de oro, y una arroba de algodón para los que vivían en regiones menos favorecidas. Como recibo del pago del tributo, el indio llevaría al cuello una medalla de latón. Los indios queman las cosechas, y huyen. Ya que los indios no quieren proveer oro, "oro es lo que oro vale", Colón captura indios y trafica con esclavos. Un hombre, aún mediano, vale 8.000 maravedís. En otoño de 1498, llegan barcos a España enviados por Colón, con una carta: "De acá se pueden, en el nombre de la Santísima Trinidad, enviar todos los esclavos que se pudiesen vender". A la vuelta de su segundo viaje, Colón desfila por las calles de Sevilla con el hermano de Caonabó uncido con un collar de oro. Carta de Colón

a los reyes en julio de 1503 desde Jamaica: "El oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraíso". Anota en su Diario: "Los indios, idólatras, no tienen una verdadera religión [...] No he podido encontrar aquí ninguna creencia, y pienso que se convertirían fácilmente a nuestra religión". De vuelta del primer viaje, Colón cobra los 10.000 maravedís prometidos por la corona a quien primero viese tierra, y que correspondían al marinero de La Pinta llamado Rodrigo de Triana. A propósito de la "lucecita" que vio Colón antes del grito del marinero de La Pinta, Morison ha mostrado que justo a esa hora estaban a 35 millas de las Bahamas, distancia a la cual era imposible ver ninguna luz en la isla. ¿Era Colón una "preencarnación de don Quijote", como sostiene Madariaga? Más bien, como escribe Vignaud, "he comprobado con sentimiento que no podría señalarse en su vida ninguno de esos rasgos de benignidad que son ornato de las grandes almas".

RODRIGO PÉREZ GIL

## Un libro con tela para cortar

**El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)**

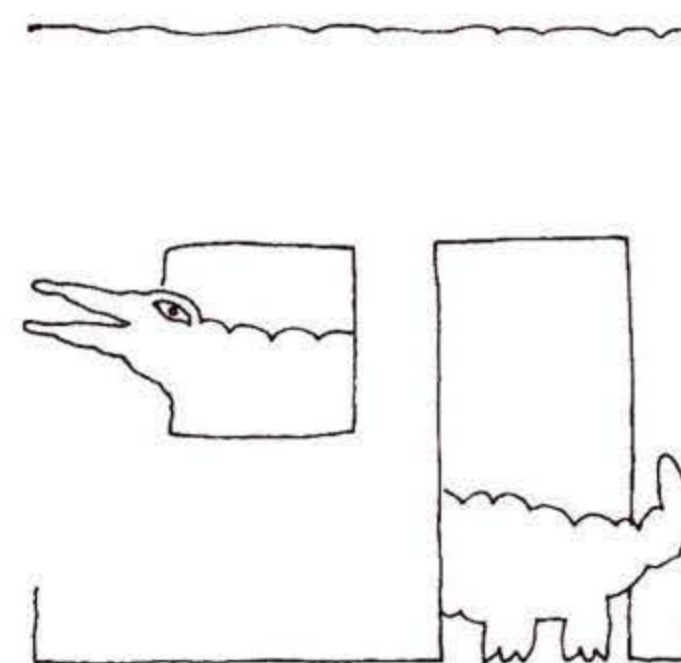
Alfonso Múnera

Banco de la República, El Áncora Editores, Bogotá, 1998, 248 págs.

La independencia de lo que hoy denominamos Colombia tuvo un gran historiador, José Manuel Restrepo, autor del conocido libro *Historia de la revolución de la República de Colombia*, que, como tantos otros estudios sobre nuestra evolución social como nación, ha sido más encomiado que leído.

Una vez que se publicó su obra, los personajes que habían sobrevivido y no se consideraban bien tratados por él enriquecieron el material histórico con sus propias versiones sobre aspectos

parciales. Casi todos tuvieron un sentido autojustificador. Páez tuvo la motivación de escribir sus memorias a partir del conocimiento que tuvo de la obra de Restrepo, que pintaba con colores poco agradables su papel en la división de la Gran Colombia. Obando no pudo resistirse a controvertir los señalamientos que le hizo Restrepo en relación con la muerte de Sucre, aunque el historiador se había cuidado de no acusarlo directamente del hecho.



A pesar de estas controversias de menor calado, Restrepo es el Tucídides de la historiografía colombiana, el que aportó las primeras bases de la recuperación de la memoria sobre los acontecimientos que rodearon la Independencia, junto con sus antecedentes y sus postrimerías. Además, él vivió ese tiempo, fue protagonista en muchos hechos, y tuvo en sus manos los documentos, los personajes y las incidencias más íntimas del período.

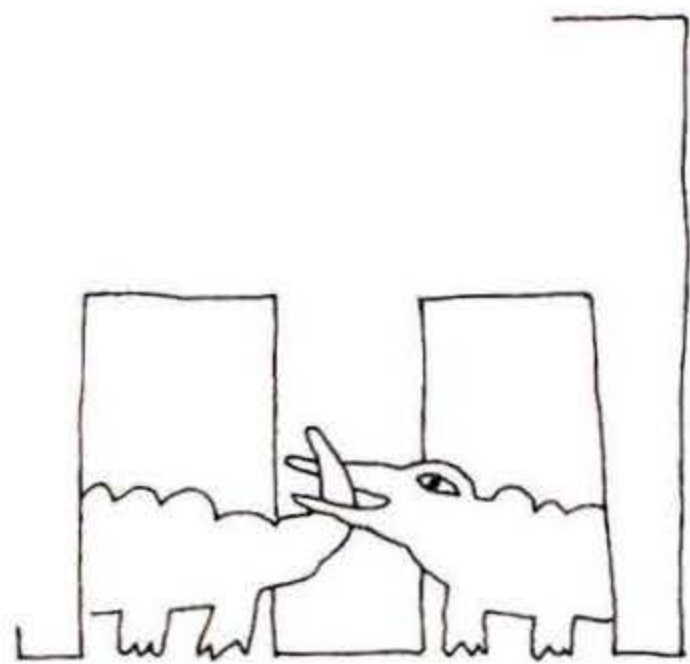
Restrepo dejó testimonios de su pasión por la historia política de Colombia, tal vez sin darse cuenta de que su labor era única y que estaba recopilando los más valiosos documentos y observaciones personales.

La argumentación fundamental de Restrepo está basada en el análisis político y militar de la Independencia, en donde se muestra imbatible ante los demás historiadores que han penetrado en el período, y que no tuvieron la fortuna suya de convivir con los acontecimientos. Los historiadores del siglo XIX dejaron a Restrepo en su pedestal y dedicaron sus esfuerzos a reforzar campos específicos de biografías, relatos o autobiografías. En el siglo XX, tal vez resalta la obra de la Academia Colombiana de Historia publicada por Lerner, que



no lo controvierte. A su lado se destacan dos historiadores, Germán Arciniegas e Indalecio Liévano Aguirre. Ambos han tratado de levantar pedestales sobre figuras determinadas de la historia como José Antonio Galán o José María Carbonell.

La interpretación de Arciniegas sobre Galán está teñida de aristas que se iluminan demasiado al lado de otras que se han opacado. Liévano Aguirre acentúa el papel de Nariño y Bolívar contra lo que él llama la ambigüedad de las elites criollas. Su versión sobre el decreto de guerra a muerte en Trujillo de 1814 pretende abrir de un tajo el período de dominio bolivariano sobre el de las elites, a partir de una invocación a los sectores populares contra la corona. En la *Historia de la revolución de la República de Colombia* aparece este decreto bajo otra óptica: la de un error de Bolívar que precipitó una ola de genocidios de parte y parte, sin que tuviera la importancia que le atribuye Liévano en la adhesión de las masas populares al proyecto independentista. Indígenas y negros continuaron colaborando en ambos bandos, y más del lado español que del americano.



A través del libro de Restrepo aparece bien claro que el propósito de la Independencia no fue algo definido, que sufrió muchos reveses, uno de los cuales pone de relieve el historiador cuando narra las vicisitudes de las clases bajas, compuestas de indígenas y negros, así como de blancos pobres o con intereses cercanos a la corona, que desempeñaron, según él, un papel de contención en la Independencia, y brindaron su apoyo a los españoles más que a los criollos, en amplias zonas de Venezuela y en la Nueva Granada. En Santa Marta y Riohacha las fuerzas popu-

lares fueron aliadas de la corona en contra de Cartagena. En el sur, sucedió lo mismo con los negros e indígenas del Patía y Pasto contra la independentista Popayán. En Venezuela, en Ecuador y en Perú se repitió muchas veces la situación, y los fuegos de una batalla no se habían apagado cuando ya brillaba la tea de las huestes españolas seguidas por miles de aborígenes y negros.

Al lado de indígenas aliados del español se encontraban criollos como José María Obando o José Hilario López, diestros combatientes contra la independencia y dirigentes de una masa no despreciable que se extendía por varias poblaciones del Cauca y Nariño, junto al cacique Agualongo.

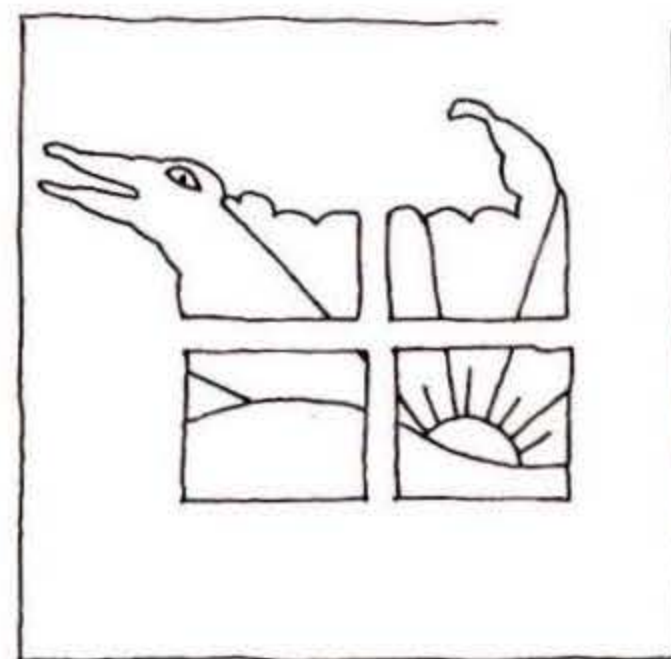
La historia de Restrepo, tan detallada y abundante en observaciones, no deja dudas de la incertidumbre en que se debatieron muchas veces los patriotas, divididos entre sí, enfrentados a fuerzas que no podían controlar, como las de la religión católica, en medio de pueblos de los que no se sabía qué partido tomarían, en caso de una invasión del enemigo.

Al adentrarse en esta rica panorámica, muchos interrogantes surgen y no el menor es el que confronta al lector con la cuestión fundamental que plantea la relación de las elites criollas con un enemigo que llevaba varios siglos asentado en territorio americano. Los indios y negros observaban con desconfianza a sus amos más directos y muchos de ellos habían cultivado un odio contra ellos. Los españoles aparecían ante sus ojos como funcionarios, a veces como benévolos burócratas inofensivos.

Las masas populares no estuvieron integradas ni convencidas de la bondad de la Independencia. Restrepo sugiere que la relación entre las elites criollas y las masas populares fue conflictiva desde el principio, y aunque su análisis sociológico es pobre, a través de la historia proporciona datos básicos para entender esta problemática relación, que puede sugerir la disgregación social de la nación colombiana desde su fundación.

El libro de Múnera anuncia una revisión de esta historiografía que tiene su origen en Restrepo y que según él no ha sido rebatida. Le atribuye a Restrepo la tesis del fracaso de la na-

ción a partir de su incapacidad para construir un proyecto político propio. A partir de este aserto, se propone colocar una línea divisoria, no en una falta de perspectiva de la elite criolla, sino en un enfrentamiento geográficosocial, en el que entran en juego, en primer lugar, las pugnas y rivalidades de Santafé y Cartagena.



Es indudable que hubo enfrentamientos de este tipo. Liévano Aguirre lo ilustra con ejemplos y abunda en datos acerca de la presencia de dirigentes y masas populares en ambas ciudades, que forzaron a las elites a tomar un camino más radical contra la corona. Santafé y Cartagena eran las ciudades más importantes, y la última era la puerta de acceso al Caribe, recibía todo el comercio de ultramar y establecía la comunicación de la Nueva Granada con el resto del mundo. Es natural que tuviera deseos de traducir su importancia comercial en fuente de poder político.

Sin embargo, desde la fundación de Santafé de Bogotá, la idea de colocar a esta población en el centro de la administración colonial estaba definida, y Cartagena tendría que contentarse con servir de intermediaria. Por una razón que sólo se puede explicar por circunstancias negativas, como la ausencia de una minería fuerte y la existencia de ricas tierras para el ganado y los cultivos en el interior del país, la capital fue Santafé y no Cartagena, sin que pudieran desaparecer las rivalidades, como no desaparecieron las pugnas en la costa Atlántica entre Cartagena y Mompox, o entre Cartagena y Santa Marta.

El libro de Múnera nos proporciona un rico acervo documental e investigativo sobre la Independencia, al narrar las disputas que existieron entre la elite santafereña y la de Carta-



gena, y los reclamos de la primera acerca de la carga que significaba el pertrechamiento del puerto caribeño. También se hacen notar otros hechos ya registrados por Restrepo, sobre la insensibilidad de la elite cartagenera con respecto a los acontecimientos en el interior del país o, mirado desde el otro ángulo, la incapacidad de los santafereños para valorar la importancia estratégica de Cartagena ante la arremetida de Morillo.

Hubo un desquiciamiento de las solidaridades que debían existir entre cada una de las ciudades que tenían mayor peso en la Nueva Granada, y cada una buscaba su propio interés, descuidando los intereses globales de la nacionalidad. En estricto sentido, se cumplió lo que planteaba Jaime Jaramillo Uribe en el prólogo del libro de José Antonio Ocampo *Colombia en la economía mundial*, en el que señalaba la carencia de unidad nacional que persistió hasta finales del siglo XIX, cuando las elites regionales pactaron con el extranjero la conducción de los negocios de exportación, fundamentalmente del tabaco.

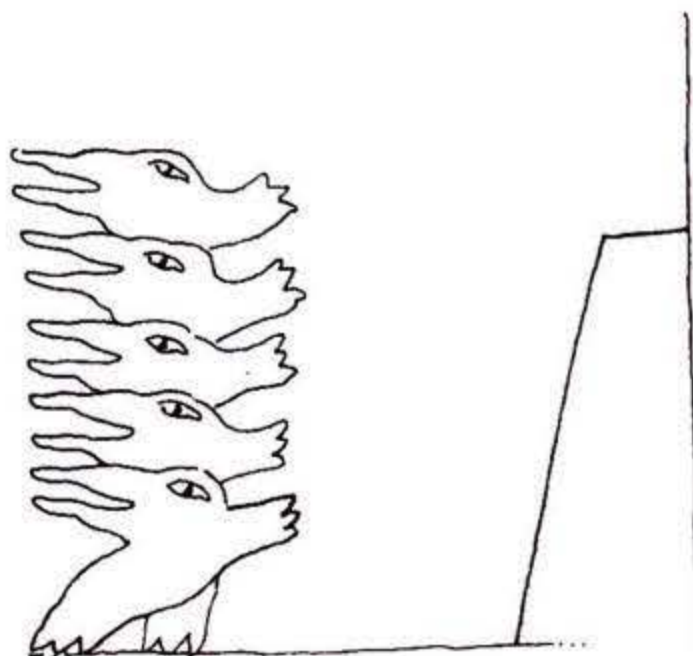
Múnera comienza asumiendo el punto de vista de una pugna interregional al comienzo, que luego, por la debilidad de Cartagena y su destrucción por los españoles, cede su paso a la elite santafereña. En la base de la derrota de Cartagena se encuentra la denodada lucha de las masas populares de Cartagena, que entregaron su vida y sus bienes a la causa independentista. En esta lucha actuaron fundamentalmente los mulatos del barrio Getsemaní, conducidos por individuos como Pedro Romero, cubano de nacimiento, que tenía proyectos distintos de los que acariciaba la elite cartagenera.

Los conflictos entre la elite y los mulatos habrían provocado la debilidad de Cartagena para competir con Santa-fé, y después del proceso independentista ésta última tendría el camino libre para convertirse en el centro del país. El texto que reseñamos puede sintetizarse en un párrafo:

*La independencia no fue sólo el espacio político en el que tuvo lugar la resolución del viejo conflicto regional entre los dos centros de poder más importantes del virreinato.*

*Durante este período tuvo lugar también un episodio de la mayor importancia para la historia social de Hispanoamérica. En todo el territorio nacional indios, mestizos, negros, mulatos y zambos intentaron transformar las relaciones de sojuzgamiento y discriminación vigentes a lo largo de tres siglos.*

Quedan, sin embargo, algunas dudas por resolver, en la medida en que el autor se compromete en la demolición de lo que él llama los mitos de Restrepo. Pero su argumentación se desvía un tanto de su objetivo, al no ofrecer un argumento sólido de su hipótesis. No es claro si los mulatos tenían un proyecto político separado, y más bien se tiene la sensación de encontrar una insistencia parecida a la de Liévano Aguirre en hacer resaltar el papel de los sectores populares en la contienda de americanos y españoles.



Más bien parece que los mulatos no tenían autonomía de movimiento y se guiaban por sectores más contemporizadores hacia ellos en el seno de la elite criolla. Por lo demás, un enfrentamiento contundente de la masa popular con la elite criolla no se percibe en todo el libro. No hubo indicios de una insurrección popular contra los criollos y, más bien, como sucedió en todos los procesos de la época, los mulatos del barrio Getsemaní fueron arrastrados por los intereses de la elite criolla, y no se apartaron de ella.

Todavía queda por demostrar el carácter popular de la Independencia, en la que se destacaron precisamente los criollos comerciantes de ambas ciudades. Sus intereses económicos los llevaron a impulsar una lucha cuyo objetivo era hegemonizar el proceso indepen-

dentista. Se opaca la relación de otros hechos que pueden desequilibrar este plano interpretativo, si se tiene en cuenta que la elite cartagenera tuvo participación en los gobiernos posteriores al 20 de julio, así como en los decenios posteriores a la Independencia.

El autor confiere a la historia de las dos ciudades una dimensión encubrada sobre el panorama internacional que presionó la insurgencia de la América Hispana. No tiene en cuenta el panorama general de la Nueva Granada y se concentra sólo en las dos ciudades.

A nuestro juicio, Restrepo sigue en pie, y todavía debemos esperar una linterna diferente que nos atraiga hacia otro terreno distinto del que mostró el historiador colombiano por antonomasia. En beneficio del autor podemos decir que su hipótesis debe relativizarse y mostrar las relaciones conflictivas que las elites criollas tuvieron con las masas populares en el proceso independentista.

Se abriría así una nueva mirada sociológica de la historiografía colombiana, en el mismo sentido de los estudios que han hecho sobre la revolución francesa Georges Lefebvre o Daniel Guérin. Es lo que intenta el libro de Alfonso Múnera, y su aporte a la investigación sobre la ciudad de Cartagena tiene un gran valor desde ese punto de vista.

LIBARDO GONZÁLEZ

## Ramoneando el árbol de la vida

**Documentos para entender la historia de Colombia**

Enrique Santos Molano

Editorial Planeta, Bogotá, 2000, 266 págs.

Tiene demasiadas hojas este árbol y el verano lo poda, pues no se puede tapar el sol con las manos, este mismo sol que para los indios betoyes del Orinoco era Dios, mismo que adoraban también los Sugamuxi en el templo de Raminchincha Gagua, que ardieron los cristianos con antorchas en pos del botín dorado. Sufrieron la suerte de Hernán